

Xenia García
Kudryavka
(Perra de pelo rizado)

Alianza editorial



El Premio Unicaja de Novela Fernando Quiñones está convocado por la Fundación Unicaja.

Un jurado formado por Pilar Adón, Lola Larumbe, Juana Salabert y Valeria Ciompi otorgó a *Kudryavka (Perra de pelo rizado)* el XXIII Premio Unicaja de Novela Fernando Quiñones.

Diseño de colección: Estrada Design
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Fotografía: © Scamardistudio

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© Xenia García, 2023
© Alianza Editorial, S.A. Madrid, 2023
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-1148-229-5
Depósito legal: M. 644-2023
Printed in Spain

Los monstruos son reales, y los fantasmas también: viven dentro de nosotros y, a veces, ellos ganan.

STEPHEN KING

Una cosa sé de la muerte. Cuanto «mejor» es la persona, cuanto más cariñosa, feliz y comprensiva, menor es el vacío que deja su muerte.

Manual para mujeres de la limpieza

LUCIA BERLIN

Hijo

Los ojos del Hijo.

Los primeros latidos del corazón del Hijo. Las primeras brazadas en el líquido amniótico. El primer llanto a la vida. Los ojos del Hijo en los ojos del padre. El alumbramiento agarrándose al pecho de la madre.

Los ojos de la madre.

Los primeros pasos del Hijo de la mano de la madre. Los primeros tropiezos de la mano del padre. El abismo acechando entre el padre y la madre. La costra abriéndose paso en la piel de la madre. Engrosando.

La mano del padre despidiéndose. La primera vez que se marchó. La mano del padre soltando la del Hijo. La mano de la madre desatando las noches. Nuevos pasos del Hijo. La primera caída. La segunda caída del Hijo.

La guardería que detestaba. La primera cuidadora supliendo al padre. La primera mujer supliendo a la madre. El primer disfraz del Hijo. Sus primeras palabras. El primer cuento del Hijo. La primera pesadilla. El segundo beso de buenas noches. El segundo llanto. El tercero.

Los ojos del padre en los ojos del Hijo. La segunda cuidadora supliendo a la madre. Los ojos del Hijo en los ojos de la madre.

El primer beso de buenas noches en la distancia. En la soledad del reparto por quincenas, del régimen de visitas. El primer día de colegio. La mañana en que se agarró a la pierna de la madre suplicando no quedarse en el aula. No quedarse nunca. La noche en que se abrazó a la pierna del padre para que no lo dejara. No me dejes. No me dejes nunca. Por favor. La tercera cuidadora supliendo al Hijo. A la madre. Al padre.

Su primer sobresaliente sin goce. Su hambre silenciosa y persistente. Su primer día de instituto. Sus primeros días felices porque ya no necesitaba tanto la mano del padre. Su primer beso. Su risa abierta porque ya no necesitaba tanto la mano de la madre. Su pelo largo acunado en los hombros. Sus botines del 40. Su futuro cuajado de. Sus planes con el padre. Los últimos latidos del corazón del padre pensando en el Hijo. Las pupilas fijas del padre en la noche. Sus planes sin.

El tutor sacándolo de clase. La madre escupiendo la noticia. El cuerpo roto de la madre. La tristeza haciendo agujeros en el rostro del Hijo, en su mañana. En las pupilas del Hijo. En el número 40 del Hijo. Cubitos de hielo frotándose en la cabeza del Hijo. El tintineo constante. El cuerpo quebrado del Hijo. La hermandad de la muerte entre la madre y el Hijo. La madre lamiendo los cubitos de hielo. Lamiendo la tristeza del Hijo. Su lengua pegada en la escarcha. La soledad en los ojos del Hijo. La despedida en los ojos del Hijo. El desconuelo en los ojos del Hijo. La renuncia en los ojos del Hijo.

Los ojos del Hijo.

El Hijo.

Hijo.

Ojalá te mueras

La noche en la que lo odio más que nunca, suena el teléfono.
El cielo se ha roto.

Qué hay, digo. Tengo cinco llamadas perdidas en un intervalo de veinte minutos de alguien con el que hace más de diez años que no hablo. Un conato por cada dos años de silencio.

La voz me dice: Verás, no sé cómo.

Respondo: Qué.

La voz repite: No sé cómo. Pero ya no está.

Respondo: Calla.

Insiste: Ha muerto.

Suplico: Calla.

Me dice: No sabemos. No sabemos qué ha pasado.

Le digo: Que te calles.

Me dice: Vamos de camino. Parece que ha sido un infarto. En su casa.

Él no calla. En algún lado de mi cabeza hay gritos. Estoy de rodillas en cualquier calle, intentando localizar de dónde proceden los lamentos que escupe mi cabeza. Pero él no calla por más que le pido. Reconozco la voz del hermano menor de mi exmarido, aunque no hablemos desde hace más de diez años. Él no calla, no puede callar. El cielo se ha roto.

Los años de desasosiego con el Hijo y el Hombre me han creado una costra en la piel de unos tres centímetros de grosor. Esa barrera contribuye a que mi apariencia sea calma y mantiene mis órganos a una temperatura constante, a pesar de las inclemencias del tiempo. Por ejemplo, ahora tendría que estar tiritando de frío por la noticia. Aullando. Pero no. Permanezco inalterable gracias a la costra. El hermano del Hombre no lo sabe, no puede saberlo, pensando que tras el tono de voz filtrado por el móvil está la misma niña perdida que conoció hace veinte años y a la que despidió hace unos doce con un par de besos, cuando anunciamos el divorcio. Él no conoce mi costra.

Continúa: ¿Estás con el Hijo?

No respondo. Siento que se me riza el pelo de la nuca, aunque siempre lo llevo planchado, liso, domado. Tampoco lloro. Qué fea te pones cuando lloras, pero qué fea. Me secaron por dentro siendo chiquitita. La costra.

¿Estás con el Hijo? No le digas nada, por favor. Aún no sabemos qué ha pasado. La policía ha precintado su casa. Ha habido un incendio. Ya te contaremos. Ya te diremos qué hacer. Tú solo ocúpate de que no vaya por allí. De que no aparezca. No le cuentes nada hasta que no sepamos. Por favor. Mañana lo recogemos del colegio.

No le cuentes.

El cielo se ha roto y la culpa es mía, me digo. Soy culpable de la muerte del Hombre porque una vez pensé, hace años, *ojalá te mueras*. Ojalá te mueras para que el Hijo deje de sufrir. Ojalá te mueras para que yo pueda dormir sin sobresaltos, sin llantos, sin dolor. Para que no vuelvas a amenazarme con contarle. Con pedir la custodia. Un ojalá te mueras que concentra todos los deseos de felicidad de los últimos

años, licuando el derecho a remontar, a que la casa huela a pan. Pero qué fea te pones cuando lloras, hija, qué fea. No recuerdo si llegué a pronunciar alguna vez estas palabras delante de alguien más que no fuera yo misma. Si dije: Ojalá te mueras. Así. Sin ningún paliativo.

Cuelgo el teléfono. No me han llamado por ser la ex de un muerto. No me han llamado por haber sido la esposa y haber compartido casi una década de vida con el Hombre, sino por ser la madre del único Hijo. Lo maldigo. En medio del dolor maldigo su marcha. Cuando llego a casa, beso al Hijo sin mirarlo. Recuerdo: fingir se me da bien, no es para tanto. Tan solo requiere cierto tiempo para averiguar lo que cada uno quiere escuchar y decirlo.

Te quiero tanto, le digo. Mi costra se reblandece, adelgaza. Cenamos en silencio. Al Hijo ahora mismo no le interesa el telediario. Tampoco si lo quiero o no. He perdido el hábito del artificio. Se presupone que una madre ama a su hijo. No hace falta expresar obviedades y menos aún a la hora de la cena, justo antes del momento de poner un nuevo episodio de la serie que estamos compartiendo en mi afán por encontrar resquicios en su piel por los que colarme. Vemos *Sex Education*.

Dice: Explícame. Por qué.

Le contesto: No sé por qué. Son personajes. No son reales. Nadie odia tanto porque sí.

Mi respuesta parece satisfacerle o, al menos, no hace ningún comentario más.

Pienso: El padre se ha ido. El Hombre me llamó por la tarde y yo no quise cogerlo. Jamás sabré qué quería de mí. Me han dicho que no puedo decirle, contarle. Y el Hijo, el

Hijo siempre arrastrará un por qué sin que pueda ser respondido. A mí siempre me desbordará la culpa.

 Mi costra supura: ojalá te mueras.

Él era río

Por ejemplo, cuando nos acariciábamos sin sentimientos definidos.

Mi piel es ahora una extensión de sus ojos. Cuando me besa, cuando me susurra, mi piel lo ata. No dice nada. No digo nada. Únicamente temblamos mientras se empañan los cristales, o nuestros ojos, se nos empañan también los ojos y la humedad de nuestros cuerpos inunda el asiento de atrás del coche de su padre. La noche bosteza fuera. Fuera es invierno. Fuera es campo. Fuera está el romero. Los dientes de león. El brezo. Fuera está demasiado lejos para importarnos ahora. Hace meses que no existe un fuera para nosotros. Ni siquiera el río, al que intuimos próximo. No tenemos hogar donde acudir a los veintitantos. Tenemos hambre, siempre, todo el tiempo y delante de todos, pero ya en esta noche intu-yo que no lo conoceré nunca por más que saciemos el apetito con banquetes como este —nunca, no lo suficiente— sino que el hambre continuará sacudiendo nuestros cuerpos de cuando en cuando empujándonos al interior del Citroën gris.

Qué piensas, le pregunto. Clava los dedos en mi pelo. Se enreda. Le gusta enredarse. Me acaricia un pecho, primero con la mano por fin liberada, luego con sus dientes. Retrae la lengua para reservarla. El pezón se endurece y todo mi cuer-

po tiembla como las aguas del río que nos rodea allá fuera. Las manos son expertas. No me habla de su familia ni de la soledad de vivir en una casa sin hermanos. No me habla de la Obra. Ni de las preguntas que suenan en su cabeza, todo el tiempo. No me habla más que de la vida y de ese río que ama y que a veces, me explica, acaba en zonas desérticas donde sus aguas se pierden bajo la tierra. Hay mañanas en las que él se siente río bajo la tierra, confiesa. No comprendo entonces el alcance de su confidencia. Tantas cosas que no intuyo. Algunos años después, tendré que escarbar muchas veces en el polvo para encontrar agua y poder sobrevivir a la sequía. Pero eso será después.

Nada, no pienso nada. Cuando estoy contigo no pienso nada, dice. Y es liberador y doloroso a partes iguales. Le digo: No se puede no pensar en nada. Yo no puedo no pensar en nada. Y sin darme cuenta le estoy hablando de la madre Amparo, de don Pedro, de Valentina y de la muñeca tarada. De mi madre. De que una vez fui Kudryavka o quizás desde entonces. No son juguetes los recuerdos, suspiro. Por eso me detengo y me ofrezco a su boca como una fruta madura.

Me dice: Yo te ayudaré a no pensar en nada.

Y emprende el viaje hacia el otro pezón.

Durante meses, el Hombre me lava, me peina, me baña, me ama. O no. Lava, peina, baña, ama a la niña fea hasta hacerla desaparecer. Usamos el coche de su familia en esta carretera del Aljarafe que persigue al río. Otras veces, cuando el poco dinero que nos pagan en el periódico nos lo permite, escapamos a alguna habitación del centro de la ciudad que se alquila por horas. Descubrimos el Virgen de la Luz y es allí donde regresamos durante meses, porque la chica de la pensión sonríe a pesar de que tiene que aporrear cada vez la puerta para

avisarnos de que es la hora, cada vez, de que nuestro tiempo se acaba, como se acaban todos los tiempos. Allí no hay río, pero nosotros lo escuchamos. No fuera, no, sino bien dentro. Si mi cabeza descansa en su pecho, oigo su río correr enloquecido. A veces, el Hombre parece feliz. Puede ser muy feliz en determinados momentos de olvido, cuando su caudal crece y casi se desborda y me arrastra en su locura. En esos momentos de plenitud se levanta, me coge de la mano y comienza a bailar al ritmo de una música que solo él y yo escuchamos, esa melodía provocada por el agua al sacudir las tierras baldías y forzar a la vida en su camino. Así nos movemos y bailamos desnudos en cualquier sitio, fuera del coche, en mitad de la oscuridad, pisoteando la noche y los dientes de león, o en la calle a plena luz del día, a la vista de todos. En esos momentos siento una punzada de felicidad que no se parece en absoluto a la de tener un cromó nuevo ni a cazar un zapatero para Valentina, que apenas duraba unos minutos. Esta es una dicha desconocida, como casi todo con él, una alegría que no sabemos nombrar, pero que se nos pega a la palma de las manos y a los ojos y a la piel durante varias noches seguidas.

Digo: Qué piensas.

Clarea en las marismas del Guadalquivir. Los pocos coches con los que compartimos el paisaje hace horas que marcharon. El mundo parece recién pintado y los objetos adquieren otros matices y volúmenes, otros contornos nunca vistos, nuevas formas que exigen acercarse para descubrir las pinceladas fascinantes de la vida o alejarse, correr, correr juntos, desnudos, para fundirnos con ese fuera del que tanto hablamos durante tantos meses y que a tan poco nos supo.

Insisto: Qué piensas.

Contesta: Niña de pelo rizado. Cásate conmigo.

Pequeña de pelo rizado

Tengo doce años. Soy fea. Da igual lo que otros digan sobre mi físico. No me importa. Sé que soy fea. Desconfío de las personas que halagan a otras sin venir a cuento. No saben que cuando adulan mis manos, qué preciosas manos que tienes, con esos dedos tan largos y delicados, tan finos; o cuando resaltan que mis ojos almendrados son lo más bonito que tengo, no se dan cuenta, digo, de que en realidad están declarando que eso es lo único hermoso que pueden decir de mi físico. Una fea criatura de bonitas manos. Siempre me han dicho que una mujer hermosa todo lo consigue, pero yo no lo creo. He visto mujeres feas alcanzar sus deseos y manejar otras vidas con solo una mirada o una sacudida de melena. Y también he visto mujeres bellas, como mi madre, ser infelices.

En cada sesión, M. me pide que le hable de mi infancia. De mis primeras relaciones con los hombres. Del Hombre. De cómo ser fea dejó de importar, porque aprendí a mover el culo, a fingirme bonita. Le sorprende que lo haga en presente. Tengo doce años, le digo. El presente es el tiempo verbal de las heridas abiertas, el idioma de mi costra.

Todo empezó un 6 de enero.

Es 6 de enero y Laika está podrida en el espacio. Laika es una perra callejera, rusa, mestiza, al servicio del hombre y de su sueño tecnológico conquistador. Pesa cinco kilos y tiene tres años. Hace cuarenta años estuvo muerta, podrida en el espacio. Antes de ser Laika, se llamaba «Pequeña de pelo rizado». Luego pasó a ser «Ladradora». En el espacio no hay días ni meses ni pelos rizados. Fuera, en el corral, el gallo canta más tímidamente que de costumbre. No lo hace por tristeza ni por Laika ni por mí. No lo hace por nadie. Mamá dice que está enfermo, que a veces se le cae el cuello y se le paralizan las patas. Que pronto tendremos que sacrificarlo. Que para lo que sirve, bien podría estar muerto. Mamá también me cuenta la historia de Laika. No creo que los gallos entiendan de viajes espaciales. Las perras tampoco sabían hasta que escogieron a Laika. Los gallos de por aquí no entienden de nada, no entienden de muerte, aunque hayan visto mil veces a otros gallos corriendo sin cabeza a su alrededor, regando la tierra de sangre. No aprenden. Gallos, perras, niñas. Y yo, a pesar de la calma y del silencio fuera, llevo un rato con los ojos entreabiertos y quieta en el catre frotándome las piernas contra las mantas para retener el calor.

Escucho cómo mis cinco hermanos resuelan cerca. Chasquean la lengua contra los dientes o contra las mellas, no sé bien. En general, me gusta la compañía de esos sonidos, la certeza de saberme escoltada por cinco varones. Sobre todo en las noches con la oscuridad más pesada, cuando siento mis piernas paralizadas como las patas del gallo a pesar de las manos que me tocan, o cuando sueño con Laika quedándose sin oxígeno allá arriba y no puedo respirar. Yo tengo los pelos rizados como Laika y las patas como el gallo.

Hay otras veces que odio no contar jamás con un rato de silencio y echo en falta tener una hermana. Es entonces, amaneciendo en este cubículo rodeada de mis cinco hermanos, de sus molestos sonidos corporales, de su compañía impuesta, es justo ahí cuando comprendo qué es la soledad y cómo a veces necesito la palabra para luchar contra ella. Es ahí donde se cierra el primer eslabón de una cadena que me atará durante años. Todo esto es por ser la única hembra, estoy segura. Por eso los Reyes Magos han pasado ya doce veces de largo sin reparar en mí. Hay tantas vueltas que darle a la Tierra. ¡Tantas! 2570 veces giró el Sputnik 2 alrededor del planeta, durante 163 días, con Laika ya muerta.

Ser fea, saberlo y que además no me importe es lo que me vuelve intrépida.

Un ejemplo: miento a menudo. A los doce, fingir se me da bien. Es de lo más sencillo. Tan solo requiere cierto tiempo para averiguar lo que cada uno quiere escuchar y decirlo. Entonces mis palabras ocupan el lugar de sus deseos.

Somos palabras. Somos mentiras.

Lo pienso cuando me arrodillo y finjo rezar para que mi madre me vea y crea que aunque soy fea y lista, a veces me porto bien y no todo está perdido. También lo hago en la capilla del colegio. Les dejo creer y por un instante son un poco más felices. Cruzo los dedos y los aprieto. Acercó la boca a ellos y juego a bañarlos con mi aliento. Como no quiero rezar, canto bajito:

*Al pasar la barca,
me dijo el barquero,
las niñas bonitas*

*no pagan dinero;
yo no soy bonita
ni lo quiero ser.*

Una y otra vez, sin apenas mover los labios para que no sepan.

Le he dicho a mi madre: Lo que quiero, más que nada en el mundo, más que una hermana, más que una bici, más que ser linda, más que una madre que haga de madre y entienda que no solo tiene cinco varones, es una muñeca. Lo de la madre que haga de madre, me lo callo, claro. Para ahorrarme la paliza y los gritos y porque yo sé que ella sabe sin necesidad de palabras.

Le digo: Una muñeca es una amiga.

Me dice: No seas estúpida. Una amiga no tiene nada que ver con una muñeca, no puede responderte. No te escucha. Está ahí parada.

Le digo: Pero puedo jugar con ella.

Me dice: Juega con tus hermanos. Tienes donde elegir.

Pienso: Odio a mis hermanos. Ellos no tienen que aprender a cuidar a un bebé, ni a una muñeca. Mean de pie. No tienen que esconder lo que les cuelga. Lo sacan cuando quieren, como un arma.

En cambio, le digo: Estoy cansada de sus juegos, solo corren y golpean. No hablan nunca.

Ella dice: Ni tampoco una muñeca.

Le digo: Pero le puedo contar mis secretos.

Me dice: Qué secretos. Qué secretos puedes tener tú.

Digo: Secretos.

Y me marchó.

Por fin ha descansado

Durante las últimas veinticuatro horas los períodos de embotamiento mental están salpicados por apenas unos segundos de lucidez. Tengo los ojos enrojecidos de llorar. Del peso de la llamada que no atendí. De las peleas que tuvimos por nada. Por mucho. De la demanda por impago. Del Hijo que llora lágrimas deshidratadas desde unos ojos que ya no son los suyos.

Nunca más serán los mismos ojos.

El Hombre no va a volver.

El Hombre no va a llamar.

La maternidad te convierte en una actriz hábil. Me cargo de paciencia, esa misma paciencia que aumenta el grosor y la dureza de mi costra. Hace que todo me resbale, aunque bajo la amalgama de plaquetas y sangre late la convicción visceral de que me mienten, de que son una gran mentira.

En el tanatorio, Ellos miran al suelo cuando pregunto: ¿De qué murió?

Silencio.

Que de qué murió. De qué.

Apenas me miran. Responden todos con una única voz: Se le paró el corazón. Algo congénito que no conocíamos.

Ninguno llora. Conozco ese simulacro de afecto y la educación tan controladora de las emociones que ejercita la Obra en sus familias. Se les pide que den la respuesta adecuada en cada momento. El recato en los sentimientos es preceptivo. En los clanes de la Obra, todos saben. El conocimiento dosificado es la masilla perfecta para mantener el ideal de familia. Me sorprende que no conozcan y que lo asuman con esa fría naturalidad, con la franqueza implícita en la mentira.

Nos permiten despedirnos y entramos en la sala diminuta por turnos. No quiero verlo, no quiero tocarlo, porque entonces tendré que disculparme por haberle deseado la muerte. Ojalá te mueras. Y por no haberle cogido el teléfono aquella tarde en la que quizás me necesitara. Ojalá te mueras, culpa. Y por haberle sido infiel. Ojalá te mueras. Por haberle reclamado judicialmente el pago de alimentos del Hijo. Y le haré preguntas, pero sin signos de interrogación, porque mis preguntas no aguardan respuesta alguna, como tampoco obtenían réplica en vida. Por qué dejaste de quererme. Por qué no cuidabas del Hijo. Por qué te engañé. Ojalá me muera. Ojalá pueda enterrar la culpa contigo. Por qué mentías, siempre, todo el rato.

Hay quien me observa creyendo que lloro por el Hijo. Y sí, claro, también la pena es por eso.

La muerte distorsiona la imagen misma del difunto. La vapulea y le da la vuelta como a un calcetín. El Hombre de carne y hueso es sustituido por su recuerdo, por lo que deseé que fuera. Me doy cuenta de que es su imagen, edificada por mi culpa, la que realmente lloro.

Acabemos de una puta vez con todo esto, me digo. Lo miro apenas unos instantes y no reconozco al Hombre. Lo miro apenas unos instantes. Lo hago por acompañar al Hijo. Sus

manos enmarcan la cara del Hombre dentro del féretro. La belleza de los muertos, su descanso, su rostro sin contracciones, por fin, sin tensiones ni amargura. Nunca sabré qué ocurrió, aunque intento ahogar esta punzada de presentimiento, la intuición de que todos saben menos el Hijo y yo, por fin convertidos en un nosotros de forma legítima, o en un ellos. Somos ellos en el centro de esta gran familia, pero yo siento la mentira, huelo la podredumbre de la mentira, se me pega a los tres centímetros de costra como si fuera una mosca fondeando la mierda, esa punzada de engaño que no se esfuma ni siquiera con el olor a cuerpo quemado de este crematorio a pleno sol. Quiero taponarle la nariz al Hijo. Qué haces, loca de mierda. Hay algo que Ellos ocultan tras el desconsuelo y que no sé. Pero sabré. Un hedor que ya invade mi pituitaria amarilla. Por fin ha descansado, escucho de la familia. Por fin. Una exhalación de alivio que no responde a los ojos en blanco de una muerte por sorpresa, sino a la sensación de que si uno espera lo suficiente, si uno acecha pacientemente, si uno lo desea, por más que tarde, al final ocurre algo. Quizás no lo que aguardábamos, pero algo al fin y al cabo que modifique el curso de nuestra existencia. No entienden que yo me acosté con la mentira muchos años, cuando apenas dormía y escuchaba la respiración del engaño en mi espalda. No saben que yo también me senté a esperar para que algo ocurriera, carente de toda fuerza y todo propósito. Ya. No ese algo que ocurrió, claro, pero algo al fin y al cabo. No saben que observé, paciente, durante una década, los pies fríos de la calumnia, sus ronquidos, las uñas sin cortar, la impostura de follar por obligación. Y detrás de Ellos, tras su *por fin*, Dios. Siempre presente.

Dicen: Recemos un padrenuestro.

Yo también rezo:

*Al pasar la barca,
me dijo el barquero,
las niñas bonitas,
no pagan dinero.*